

Antxon Iturriza

ÁNGEL OLORÓN.

El adiós de un caballero andante



LA historia se nos está escapando de las manos. A las desapariciones de Juan San Martín y Marcos Feliú, que reseñábamos en el número anterior, tenemos ahora que añadir la de otro personaje entrañable de nuestro montañismo. El navarro Ángel Olorón fallecía en Iruña el pasado 8 de diciembre a los 80 años de edad, agrandando todavía más esa creciente separación con nuestro pasado inmediato.

Quien, como el que suscribe estas líneas, ha tenido que recurrir con una frecuencia casi abrumadora al extraordinario archivo de datos que Ángel Olorón conservaba intacto en su memoria, siente ahora vértigo ante el vacío de silencios que responderá en adelante a las dudas, preguntas y precisiones que surjan al escharbar en la historia del montañismo vasco.

■ UNA LUZ PERMANENTE

Hay nombres que han ido entrando en la galería de ilustres de esa historia por una gesta puntual o apoyados en una trayectoria deportiva brillante. Ángel no. Su nombre no apareció nunca en las reseñas alpinas de PYRENAICA como protagonista de una escalada relevante, ni como participe en alguna expedición a una montaña lejana y gigantesca. El aura de Ángel para figurar con honor en la lista de los montañeros vascos que inmortalizará el tiempo no fue fulgurante, ni tampoco deslumbradora. La suya ha sido un luz tenue, permanente, como la de una baliza que marcara siempre la referencia válida de donde había que estar, porque él siempre supo estar donde debía.

Y qué difícil es mantener durante toda una vida, como él lo hizo, esa posición fija donde confluyen las coordenadas de la ética y de la rectitud moral, en medio de las corrientes que nos arrastran con facilidad hacia las rompientes de la traición a nuestras propias ideas. Era el paradigma de lo que Brech había escrito: *"Hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay otros que luchan muchos años y son muy buenos. Pero hay quienes luchan toda la vida; éstos son los imprescindibles"*.

■ EL ÁNGEL DE LAS MONTAÑAS

Todo empezó un día de la primavera de 1943, cuando Ángel pisó por primera vez los locales que el recién nacido Club Deportivo Navarra tenía entonces en la calle Mercaderes de la capital navarra. A partir de aquel momento, las trayectorias del club y de la vida de Ángel se confunden, quizás mejor podría decirse que se funden, para discurrir en paralelo en sus momentos de apogeo y declive durante más de sesenta años.

En unos tiempos como los actuales, en los que las directivas de los clubes entran en crisis por falta de compromiso de sus socios, o se demandan compensaciones económicas por los servicios prestados, la figura de Ángel Olorón se nos muestra, no sólo como un ejemplo personal de dedicación permanente desinteresada al montañismo, sino como el emblema de una época en la que los clubes de montaña eran, además de unas entidades organizadoras de excursiones montaÑeras, unos centros de convergencia de amistades y proyectos.

Ángel Olorón desempeñó el cargo de secretario del Club Deportivo Navarra durante un cuarto de siglo y fue su presidente en cuatro difíciles años, en los que consiguió recuperar a la sociedad de la crisis económica en que estaba embarcada.

Ciertamente, el club fue mucho para Ángel y Ángel fue mucho, muchísimo, para el club, pero su figura trasciende mucho más allá de su dedicación en cuerpo y alma a impulsar el montañismo a través de las actividades sociales. Su voluntad de entrega personal le llevó a empeñarse, junto a Patxi Ripa y Eduardo Mauleón, en la ingente tarea de escribir las guías de Roncesvalles en 1956 y del Pirineo Roncalés en 1958, que sirvieron para descubrir estos parajes a varias generaciones de montañeros.

Ayudado en la complicidad de los mismos compañeros, en 1960 asumió la responsabilidad de la organización de un Campamento Internacional de Alta Montaña en Belagoa. La numerosa asistencia y los elogios que recibieron de los acampados fueron la recompensa a sus desvelos y tribulaciones de muchos meses.

En justo reconocimiento a su permanente entrega, el club decidió en 1993 bautizar con su nombre el refugio de Belagoa, a cuya construcción Ángel había también contribuido de forma decisiva. Así ocurrió que Ángel tenía dedicado un refugio y el refugio tenía un ángel.

Firme defensor de la vinculación del montañismo navarro a la originaria agrupación de clubes vascos surgida en Elgeta, Ángel Olorón fue un caballero andante de las alturas de Euskal Herria y del Pirineo, que supo caminar siempre recto por los senderos retorcidos de la montaña y de la vida, haciendo de la sencillez un título de nobleza.

A la hora de la despedida, con la txapela del homenaje recogida en la mano, con la emoción contenida en un *aurreku* trenzado en palabras, inclinamos la cabeza con respeto ante su recuerdo para compartir una reflexión con cuantos tuvieron el privilegio de tratarle: Ángel, a sido un honor conocerte. □